

© del texto: Gloria López Gracia, 2021
© de esta edición: Milenio Publicaciones S L, 2021
Sant Salvador, 8 – 25005 Lleida (España)
www.edmilenio.com
editorial@edmilenio.com
Primera edición: octubre de 2021
ISBN: 978-84-9743-939-8
DL: L 231-2021
Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, SL
www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

MADRID, MARZO DEL 2018

Ayer enterramos a mi padre en Barcelona. Hizo un día luminoso, con un cielo intensamente azul, sin una sola nube que pudiera ocultar mi tristeza, porque la tristeza también se aloja en los días luminosos con un descaro total e irrefutable.

Ya estamos en Madrid, y digo *estamos* porque me he traído a mi madre. Se ha quedado hoy en casa, al cuidado de David. David es el chico que se ocupa de mis asuntos domésticos: limpieza, compra, cocina. También le echa un vistazo a Gato, aunque ese se cuida solo. Confío en David —no en mi madre, que igual le complica el día porque se ha despertado completamente desorientada—. Pero hoy no puedo faltar a esta cita.

Más de 120 ciudades se han sumado a la huelga y las manifestaciones contra la discriminación, el acoso y la violencia hacia la mujer. En Madrid, La Gran Vía se ha convertido en un hervidero de pancartas, y lazos, paraguas, banderas violetas. Mi bufete está, desde esta mañana, vacío, porque Carlos también ha secundado la huelga. “Si nosotras paramos, se para el mundo”: este lema nos obligaba a acompañar la manifestación de un paro laboral, algo inédito, que ha situado, aunque solo sea por unas horas, a nuestro país en la vanguardia del feminismo en el mundo. Me siento dueña de mi vida, libre. Sé que es una tontería, porque hace muchos años que soy dueña de mi vida y libre, pero hoy podría añadir “eufórica”. Sin embargo, no puedo evitar acordarme de mi padre, así que estoy, como de costumbre, feliz y triste a la vez.

Sí, sé que este 8 de marzo del 2018 pasará a la Historia con mayúsculas, pero también a mi historia personal, a mi pequeña historia, la que solo a mí me concierne, porque, cuando llegue a casa, allí estará mi madre. ¿Qué hago con ella?

MADRID, 1988

Cada familia es un pequeño y particularísimo universo. Para definir la mía, es imprescindible comenzar hablando de Angélica.

Angélica no era como las otras madres —también podría decir que las madres de las otras niñas no eran como la mía—. Eso siempre lo supe. Hasta que cumplí los quince años estuvo en casa, cuidando de mí bajo la falsa apariencia de una mujer convencional. Muchas veces he pensado que Angélica es un nombre antiguo y un poco pretencioso, pero al parecer, mis abuelos maternos, a los que no llegué a conocer, eran así, antiguos y pretenciosos.

Quiso llamarme Vera, porque cuando nací, después de dos años de impaciente espera, decidió que lo que la haría más feliz sería estar siempre a mi vera. Recuerdo que me cantaba una copla de Lola Flores, “a tu vera, siempre a la verita tuya...”, era muy coplera, y llevaba a gala una vena folclórica que había heredado de su madre, catalana hasta la médula. Lo de que estar conmigo era lo que la hacía más feliz nunca fue cierto del todo; le gustaba, más que estar conmigo, leer novelitas románticas y revistas del corazón, escribir poesías, cantar, bailar, conocer gente nueva y entregarse a sus pequeños vicios. Fumaba a escondidas, y desde muy pequeña la vi pulverizar toda la casa con *spray* ambientador antes de que su marido llegara del banco, porque él no podía soportar el olor del tabaco. También guardaba unas cuantas bolsitas de marihuana en los cajones de su escritorio —como simple recuerdo de su época *hippie*— y una botella de Anís del Mono al fondo del armario de la alacena. Siempre pensó que yo no era consciente de sus inocentes secretos. Pero me subestima-

ba; desde los cuatro o cinco años tuve algo muy claro: que Angélica le mentía a Alejo.

Alejo Ribas trabajaba como director de una sucursal bancaria. Era muy culto, un lector empedernido, aficionado sobre todo a la novela histórica. También le gustaba invertir en bolsa, con bastante fortuna, por cierto. Podría definirlo como un hombre tranquilo, pero iba más allá; nunca he conocido a nadie tan aburrido y lacónico como él, parecía que no tuviera sangre en las venas. A pesar de su talante liberal, tenía las ideas muy claras respecto al matrimonio: la mujer en casa, y con más motivo, como en el caso de la suya, si el cabeza de familia podía tenerla como a una reina. Angélica, de todas formas, nunca mostró ningún interés por trabajar ni dentro ni fuera de casa en Barcelona, había empezado a estudiar Filosofía y Letras, pero no llegó a terminar la carrera.

Alejo tenía un único punto de extravagancia, que superaba incluso a los de su mujer: coleccionaba rascadores de espalda. La casa estaba llena de rascadores de espalda. Al principio los colocaba en el despacho, bien ordenados en estanterías, pero luego fueron cientos y estaban por todas partes. Él contaba que se aficionó a aquello durante el viaje de novios, que hicieron por el norte. Al parecer sufrió una afección en la piel que le producía muchos picores. Había zonas a las que no llegaba con la mano, así que se compró en Santander, en unos grandes almacenes, un rascador de espalda de bambú. “Con este rascador de espalda, usted conseguirá alivio de manera inmediata sin necesidad de ayuda”, ponía en el embalaje, y como no quería recurrir a su recién estrenada mujer para algo tan prosaico, enseguida vio en aquel artilugio una solución a sus picores. Ese rascador fue el primero, y el único que cumplió con su función. Luego vinieron otros: labrados en plata; rematados con dedos de marfil; simulando garras de ave o largas uñas pintadas de mujer; de mármol. Los modelos eran infinitos y había verdaderas joyas de estrambótico diseño. He hablado tanto de los rascadores de espalda de Alejo porque durante muchos años fueron su única singularidad. Su biografía era plana, de casa al trabajo y del trabajo a casa, siempre a la sombra de Angélica, con una actitud de condescendiente e irónica resignación ante las locuras de su mujer, que ahora entiendo

que no era más que una infinita pereza ante la vida. Incluso cuando le fue infiel a Angélica, lo único que hizo fue dejarse llevar. Sin embargo, ahora sé que su eterna pasividad, que yo asocié siempre a la indolencia y a un temperamento bondadoso y alérgico al conflicto, no era más que egoísmo; un egoísmo mucho más peligroso que el de Angélica, porque incluso a él le engañó, disfrazándose de generosidad.

Las mentiras de Angélica fueron poco a poco a más. Y yo, como buena hija única, muy apegada y pegada a ella, acabé siendo su cómplice. Recuerdo que a veces se compraba ropa cara. Luego llegaba a casa entusiasmada, diciéndole a Alejo que la había conseguido a precio de ganga. Él la creía, no hubieran hecho falta pruebas, pero Angélica disfrutaba perfeccionando el timo y falsificaba los precios de las etiquetas. Otro de sus vicios ocultos, del que también yo era sabedora, era el juego. Hacía solo unos años que se les había dado luz verde a las salas de bingo, que empezaron a proliferar con mucho éxito en Madrid Sur. Acudía dos tardes por semana, en taxi, a uno de aquellos locales, sola, y según me contaba, tenía mucha suerte.

Angélica no utilizaba tarjeta de crédito —no era demasiado habitual, en aquellos años, que lo hicieran las mujeres—. Alejo le asignaba una especie de “sueldo semanal” para los gastos fijos: comida, productos del hogar y “señora de la limpieza”. A ese sueldo semanal, añadía en concepto de dietas un extra que debía cubrir peluquería, cosméticos, ropa y cosas por el estilo, y él se encargaba de los recibos y temas económicos de envergadura. Angélica desviaba el presupuesto de los gastos fijos a las dietas, algo que en nada, me decía ella, afectaba a la economía familiar, salvo que había semanas en las que yo hubiera preferido comer en el colegio.

Sí, era una artista de la mentira, que llegó a convertirse en un vicio más, seguramente porque se sentía descontenta con su vida y necesitaba una paralela. Con Alejo, llevar una vida paralela era fácil: bastaba con llegar de vez en cuando con un rascador de espalda. Que me hiciera a mí partícipe de todo lo que hacía a espaldas de su marido, fue, mientras fui pequeña un honor, una especie de privilegio que me hacía sentir importante. Yo era una niña dócil y la admiraba, por

eso mi lealtad hacia ella era tan insobornable como inmoral, pero ¿acaso yo sabía entonces lo que significan esas palabras?

Angélica y Alejo no tenían familia, los dos eran hijos únicos y sus padres habían muerto relativamente jóvenes. Nunca se relacionaron estrechamente con otras parejas; Angélica tenía sus amigas (compañeras del gimnasio y de la escuela de sevillanas) y él, sus amigos, la mayoría empleados y otros directores de banca, con los que compartía poco más que un par de cenas de empresa al año. Si hoy quisiera preguntarme si en aquella época se avenían, no sabría qué decir —si avenirse es congeniar, creo que diría que no—.

Para el día de mi decimoquinto cumpleaños, Angélica me organizó una fiesta que estuvo preparando durante casi un mes. Iba a invitar a casa a mis amigas del instituto y a sus madres. “Fiesta de chicas”, decía ella. Me sentía el centro del mundo. Aquella mujer, cuya relación conmigo oscilaba entre la sobreprotección y la indiferencia, estaba ahora dedicada en cuerpo y alma a preparar mi aniversario por todo lo alto, tal como había hecho con mi primera comunión:

Tenía nueve años recién cumplidos. Aunque ni Angélica ni Alejo eran practicantes y en mi casa no se hablaba nunca de religión, me había preparado para “el gran momento” durante muchos meses, acudiendo puntualmente dos días a la semana a las clases de catecismo que impartía una feligresa de las devotas en la parroquia de mi barrio. Angélica organizó una fiesta en un restaurante cercano; una merienda por todo lo alto, a la que, a falta de familia, estaban invitadas algunas de sus amigas, su vecina Mariví y ocho o diez niñas, compañeras de clase.

Y llegó el gran día: el día en que oí por primera vez la palabra *cataplexia*. Siempre me había parecido aquella iglesia un lugar oscuro y algo siniestro, como si de la puerta de la sacristía o de detrás del altar, fueran a salir de un momento a otro, cientos de seres aterradores, sospechosamente parecidos a santa Lucía con los ojos en una bandeja; a san Esteban con el cuerpo atravesado de flechas; a san Lorenzo con la piel quemada colgando a tiras. Zombis que me rodearían para

decirme que, si no era buena, me pasarían cosas terribles. Ese día, en cambio, mi parroquia, llena de flores blancas, con muchas velas encendidas y una preciosa alfombra roja recorriendo el pasillo hasta el altar mayor, me pareció un lugar precioso, lleno de magia y coronado por ángeles. Íbamos a comulgar unas cinco o seis niñas y otros tantos niños del barrio, y recuerdo que el vestido más bonito (o más ostentoso) era el mío, y que, de todas las madres, la mía era la única que llevaba sombrero —una pamela rosa con un lazo de tul negro rodeando el ala.

El sacerdote llamaba a comulgar, convocándonos uno a uno por nuestro nombre. En unos segundos, llegaría mi turno. Estaba feliz con mi vestido blanco de organdí y mi corona de princesa, en el primer banco, de pie entre Alejo y Angélica. “¡La niña Vera Ribas Galán!” Nos levantamos los tres y salimos al pasillo. Entonces vi que la cabeza de Angélica no se sostenía y se descolgaba hacia adelante, como si súbitamente se hubiera dormido. Tenía los ojos cerrados y la mandíbula laxa. Se le doblaron las piernas y, sin que Alejo tuviera tiempo de reaccionar, cayó a cámara lenta como la hoja de un sauce sobre aquella alfombra roja que conducía al altar. Parecía muerta; una de esas doncellas que los antiguos sacrificaban para apaciguar a un dios. Una escena impactante, que nos dejó a todos paralizados, pero que apenas duró treinta segundos; la doncella abrió los ojos e intentó incorporarse —lo primero que hizo fue coger la pamela, que se le había caído, y volvérsela a poner—. Enseguida llegó una ambulancia a la puerta de la iglesia y Angélica fue llevada de inmediato al hospital, acompañada de su marido. Allí me quedé yo, con mi vestido blanco de organdí y mi corona de princesa. Comulgué sola y, por supuesto, no hubo fiesta. Mariví me llevó, luego, a casa. A las pocas horas apareció la pareja. Angélica me dio un beso en la frente, “tengo mucho sueño, cariño”, me dijo, pero con una voz inexpresiva, como si no tuviera ganas de decirme nada. Luego Mariví la acompañó a la cama. Cuando se marchó la vecina, Alejo me dijo que Angélica había tenido un episodio de cataplexia. “Tu madre tiene una enfermedad rara, Vera. A partir de ahora deberemos tener cuidado porque al parecer, las emociones fuertes le producen esa especie de desmayo”.

Yo le dije que sí, que tendría cuidado, pero no pude evitar pensar que me había arruinado el día más feliz de mi vida. Lloré toda la noche.

Seis años después, el 10 de marzo de 1988, a las seis de la tarde, Angélica invitó a Alejo a que se perdiera unas horas por ahí. Mi casa estaba preparada para una espectacular celebración, con la que dijo que pretendía resarcirme de lo de mi primera comunión. Este sí iba a ser el día más feliz de mi vida.

Todo el piso había sido adornado con globos, serpentinas, flores. Una suculenta merienda y de guinda un gran pastel relleno de nata con mi nombre en letras góticas y quince velas. Y muchos regalos. Y la típica canción de cumpleaños, en cuanto soplé las velas. Pero lo más importante, lo verdaderamente importante, estaba por llegar. Angélica nos convocó a todas a su alrededor con mucho misterio. Dijo que tenía que darnos una gran noticia. Y nos anunció, solemnemente que, ya que su hija era mayor y no la iba a necesitar tanto, había decidido iniciar su “carrera de escritora de novela romántica”, a la que auguraba un gran éxito porque estaba muy segura de su talento. En unos días viajaría a París para pasar una corta temporada preparando su primera novela, que iba a tener como escenario la ciudad del amor. Las madres la felicitaron y las hijas me dijeron que qué suerte la mía por tener una madre así. A partir de aquel momento, todo giró en la fiesta en torno a ella. Angélica me había vuelto a arruinar “el día más feliz de mi vida”.